interior y lo exterior hecha inmediata"? La verdad es que los límites no existen sino que conforman una misma y única forma. Es cuando Freud abandona su teoría traumática del acontecer real y cuando realiza el análisis de Napoleón, en una carta dirigida a Thomas Mann (la que cita Kaufmann), remitiéndonos a que ese significante —José, el hermano de Napoléon— determina la estructura del recorrido del deseo, que se abrocha con la historia social y con el accionar político. Lo fundamental de este análisis es que no se erige en un factor determinante de la Historia, sino que aporta un enfoque más a lo complejo del análisis Histórico y del accionar del político. Porque si acentuamos el análisis en uno de los polos caemos en el reduccionismo, y al caer en él hasta podríamos llegar a afirmar que la guerra es ni más ni menos que un acto filicida. Pero esa afirmación ¿nos da una idea acerca de la naturaleza de la guerra?

Joaquín Rodríguez Nebot

Jóvenes cazadores onas

LOS GIGANTES CAZADORES ONAS

I

"Cuando en la tierra no había vegetación, ríos ni mares, cielo ni montañas, ya existía el Sur. El Sur de aquellos tiempos era un gigante inmenso llamado Tarémkelas. Nadie sabe en qué momento llegó Tarémkelas a la tierra ni de dónde pudo venir. Lo cierto es que se instaló en el último confín del mundo y ahí se quedó dormitando; ese mundo de oscuridad y silencio le producía un letargo morboso. Varias veces intentó salir de él, pero cuando abría los ojos y su mirada caía en la sombra de ese abismo inmutable, volvía a adormecerse. Podemos intuir que permaneció aletargado siglos o milenios, pero para él, el tiempo no existía, porque su mundo era la quietud absoluta. Cuando la inercia estaba por transformarlo en una gigantesca estatua pétrea, la tierra remeció sus entrañas y, en un parto de fuego, le entregó otro mundo". Con este lenguaje —limpio, decantado—, Nicasio Tangol, escritor chileno nacido en 1906 en la isla de Chiloé, capta y transmite la concepción del mundo que aprendió de los onas.

Tarémkelas, que había vivido siempre en un silencio todavía intocado, escuchó aquellos ruidos como truenos, y su cuerpo de gigante se llenó de miedo. Huyó sin rumbo. En su carrera hacia ninguna parte lo venció el cansancio y se detuvo, pero un nuevo trueno lo obligó a emprender una vez más la huida torpe, ciega, fatigosa. Entonces sucedió lo inesperado: la voz tonante que venía de las tinieblas dejó de ser espantable, se tornó dulce, seductora, hasta que fue un arrullo que lo llevó al ensueño. Era la Bóveda Celeste quien le hablaba, y una vez que bajó a la tierra, se tendió con suavidad junto a Tarémkelas y le hizo conocer un gran placer no sospechado. "Ella, por largo rato, lo acarició con calor y ternura de hembra. Luego se unió a él en un fuerte abrazo de pasión cósmica. Y de esta unión, tan sorprendente y heterogénea, nació Kenós." Kenós fue arquitecto del universo, creador del hombre y poblador de la tierra; creó la luz, la vida y el movimiento. Y cuando ya se gestaba la naturaleza, creó a los ohuens, hombres primitivos que, pasados varios milenios, habrían de ser antecesores de los onas.

Kenós distribuyó la vida por todos los confines de la tierra, y luego, viejo ya, regresó a Karukinká (Tierra del Fuego). Fatigado, ordenó a los ohuens que lo llevasen a tierras nortinas. Allá pidió que lo enterraran vivo, les dijo que no temieran. Chinhuken y los demás ohuens aguardaron en silencio. Cuando pensaban que no volvería más a vivir entre su gente, Kenós se levantó entre una grande nube de polvo. A petición suya, su cuerpo fue lavado en el estero, la vieja piel cayó como un guanaco abatido, y en vez del anciano pudo verse a un mocetón duro y sonriente. Así aprendieron los ohuens la inmortalidad.

II

Nicasio Tangol creció con la leyenda y la historia entreveradas: la gente apenas distinguía una de otra. El escritor que sería después escuchaba las consejas, las leyendas que pasaban de una generación a otra para explicar el mundo. De las investigaciones, viajes y estancias de Tangol entre los onas nacieron *Mayachka*, cuentos fueguinos, y *Leyendas de Karukinká*.

Pocos autores han unido a sus conocimientos antropológicos la sensibilidad, el ojo y el oído atentos, para después recrear lo dicho por el pueblo. Tangol es uno de ellos. Luis Enrique

▲ Nicasio Tangol: ***Leyendas de Karukinká. Folklore Ona-Tierra del Fuego.*** Fondo de Cultura Económica. México, 1983, 128 p.

Délano, su "compañero de letras", dice en el Prólogo de las *Leyendas* que "el antropólogo y el poeta no se apartan ni un momento el uno del otro"; y dice verdad. Hay poesía en la palabra, en las imágenes, pero sobre todo en el aire que ventea la obra toda. No es un decir directo, no es un discurso científico, ni hay tecnicismos pedantes. Por el contrario, es un decir oblicuo, con el sesgo que permite hablar de los misterios sin pretender descifrar sino intuir, no analizar sino entender, y no explicar sino mostrar.

Tenemos que agradecer al escritor chilote las discretas y brevísimas notas de pie de página, así como el Glosario, que amplían la lectura de su libro sin entorpecerla. No es necesario —y esto habría que decirlo a todos los autores que llenan de obviedades las notas a pie de plana— que Tangol explique la relación de una leyenda con el matriarcado, con el tabú del incesto o con la domesticación del guanaco, ni mucho menos que recurra a términos tales como rol, relación de parentesco, patrón de asentamiento, por señalar algunos terminajos propios del espanglés y franceñol que forman esa lengua de nadie que es la jerga antropológica.

III

Hace algunos años, en el último rincón de las últimas páginas de un diario capitalino, leí la noticia de la muerte de la última india ona. Noticia de relleno que habría dejado su lugar —cinco líneas— a otra si se hubiera juzgado necesario. Se calcula que en 1886 —dice como al pasar Nicasio Tangol en el Glosario— había en Tierra del Fuego entre cuatro y cinco mil indios onas; en 1919 sólo quedaban 280, en 1945 unos 25 y en la actualidad ninguno. Acusa: en 1879 se exploró la isla por primera vez; la fiebre del oro que se desató a resultas de la expedición del ingeniero rumano Julio Popper, derivó en agresiones contra los fueguinos; luego, entre 1894 y 1907, llegaron los estancieros, quienes pagaban una libra esterlina por cada cabeza de ona que se les entregara. De los cazadores no escaparon ni los viejos, ni los niños, ni las mujeres.

De acuerdo con los etnólogos, la antigüedad de los onas se remontaría a 10 000 años antes de Cristo; una hipótesis habla de que habrían llegado a la isla en épocas preglaciales. Lo cierto es que hoy han desaparecido los gigantes onas, cazadores de Tierra del Fuego, habitantes de una isla que jamás utilizaron una canoa. Tierra del Fuego empieza en la margen sur del Estrecho de Magallanes y termina en Cabo de Hornos. Hoy viven allá, en sus botes de cuero de lobos marinos, unos cuantos alacalufes, indios fueguinos que viven aferrados tercamente contra tempestades y borrascas (y no es figura ni metáfora). Esperemos que no se lea pronto, en las últimas líneas de las últimas páginas de algún diario, que tuvieron el destino de los onas.

Roberto Zavala Ruiz

DE LETRAS

GALLEGOS: CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Después de *Doña Bárbara,* Rómulo Gallegos publicará, en el lapso de diez años, cuatro novelas de gran resonancia, unas más que otras, en el proceso evolutivo de la novelística venezolana: *Cantaclaro* en 1934, *Canaima* en 1935, *Pobre negro* en 1937 y *Sobre la misma tierra* en 1943. Dejando de lado en esta oportunidad el valor particular de *Cantaclaro,* seguramente la mejor creación estética de Gallegos, su más hermosa novela, y una de las mejores muestras en la novela mundial de identificación sensible, poética, de plena solidaridad humana y artística con un personaje de clara esencia popular: el trovador errante; dejando de lado la originalidad fundamental de *Pobre negro,* exploración indagadora en la historia y en el ambiente del negro venezolano, en una zona representativa por excelencia y en circunstancias decisivas en su significación social y cultural; dejando de lado el peso político de *Sobre la misma tierra,* con su viva denuncia de la coexistencia en una misma tierra, de una parte, de la pobreza del indígena guajiro y del criollo de la región del Zulia y, de la otra, de la riqueza fabulosa de la compañía petrolera, todo ello inclusive con el planteamiento de gran actualidad política y económica de la existencia de un país petrolero dentro del país Venezuela; dejando de lado, decimos, estas obras merecedoras de atención y de nuevos y sistemáticos estudios, nos detendremos en algunos aspectos reveladores de *Canaima,* como muestra ilustrativa de supervivencia de un gran tema: el enfrentamiento del hombre y de la naturaleza, en este caso proyectado sobre una dimensión extrema: el hombre en su máxima elementalidad y abandono a sí mismo, el aventurero sin ley; y la naturaleza en su máxima expresión de exuberancia y de poder envolvente y misterioso: la selva.

Más allá de los elementos y las simbologías evidentes en *Canaima,* nos interesa destacar algunas peculiaridades que particularizan esta novela y la dotan de especial interés. El antagonismo entre el hombre y la naturaleza deja aquí de ser la exclusiva e idealizada oposición entre el individuo y el medio natural. La historia de Encarnación Damesano es la representación misma del verdadero y profundo estado de cosas: el peón de la selva recibe un "avance" en dinero o en víveres que lo esclaviza a un patrón, bajo la amenaza de crueles castigos o de la muerte, sobre la base de dos fundamentos perfectamente vinculados entre sí: el caciquismo regional existente y la situación de explotación económica sin freno alguno por ausencia de encuadramientos legales y sociales. ¿Qué significa esto? Simplemente que el enfrentamiento del hombre con la naturaleza avasalladora y dominante adquiere su verdadera dimensión relativa y profundizadora: en última instancia el gran conflicto, fuente de abusos y trágicos desenlaces permanentes, es el antagonismo entre los propios pobladores ocasionales de la selva, situados en dos bandos opuestos: los explotadores y los explotados. Planteamiento al cual habría que añadir el otro proceso inicuo de explotación y despojo: el enfrentamiento entre el habitante eventual, el aventurero ambicioso, y el poblador natural y estable: el indígena, único heredero, por cierto, del arte milenario de convivir de modo favorable y armonioso con una naturaleza desbordante y generosa. A fin de cuentas, el planteamiento del conflicto